

Crónica  
de  
Valdepeñas



... Y ANTES DE...  
A... TORRES

[Faded text from the previous page, mostly illegible.]

Escribe Leopoldo DE LUIS "HABITABLE", DE PUREZA CANELO

**H**ABITAR, que es ocupar un lugar, viene del latín habere: tener o poseer. Y habitable nos da idea de la posibilidad de vida en un espacio habido. ¿Es habitable la poesía? Ese lugar inmaterial —y por ende, invisible e intangible— que es el recinto poético, deviene ámbito no sólo posible, sino necesario para el poeta de arraigada vocación. Pero, además, la atribución del adjetivo, tan originalmente, a la poesía nos revela, en efecto, una poética: la concepción del poema como un organismo propio, de alguna manera dotado de capacidad acogedora. Estamos, pues, ante un poeta —una poetisa, en este caso— de singular y original actitud, con evidente sentido de la creación poética. Así visto, no resulta extraño que casi todas las composiciones de este libro (editado por la colección Adonais, volumen 364), se titulen «Poema de...» algo. Cada uno posee su autonomía, sin perjuicio de un aire de estilo familiar.

En una prosa adjunta, con afán creo yo que más introspectivo que enunciativo, Pureza Canelo expone sus preocupaciones, sus rigores y escrúpulos al enfrentarse con el idioma y con la comprensión misma de la poesía. A la vez, nos descubre el libro como fruto de una crisis, cogida entre los flancos de una enfermedad y de un fracaso amoroso. Tales motivos la hubieran llevado a una poesía sentimental, de ser una poetisa de planteamientos menos originales. Pero de la misma prosa se deduce una personalidad compleja, de poeta que no se limita a escribir más o menos por impulso anímico, por emociones o sensaciones, sino que desea dar con el quid del fenómeno poético.

La soledad y el amor laten en el fondo, pero su conversión en poema requiere una elaboración de objeto único, de sistema propio, donde ninguna pieza es intercambiable ni accesoria, y que nos importa por él mismo, no por las razones emotivas que, substanciándolo, quedan como alejadas. Algo semejante les ocurre a las frecuentes incursiones por el mundo de la naturaleza: no son elementos de paisaje ni siquiera símbolos de sucesos interiores, sino piezas ajustadas de ese organismo



en que se convierte el poema. Esto requiere una sintaxis trastornada no a capricho pero sí de una forma muy peculiar, en función de la expresividad perseguida. Dicho de otra manera: no es que Pureza Canelo lleve el mundo —el interior y el exterior— al poema, sino que el poema tiene su propio mundo y, una vez creado y vivo, ella busca en él compañía; lo encuentra habitable.

Y lo mejor de todo —añado con gozo— es que esta poesía de intención experi-

mental (hacerse un idioma propio; dar autonomía al poema) dista de resultar seca o fría. Es, por el contrario, jugosa y cálida. Escribe, por ejemplo, «Poema de antes de cerrar los ojos», y resulta conmovedor el mundo interior que en el mismo habita, la sorda música humana que lo acuna, la casi tierna emoción de muchacha zozobante entre la desilusión y la esperanza. Y, en otro poema, aparece «la naturaleza verdeante bajo el sol», o nos dice que «una mujer de las encinas habla firmemente».

«Así he creado la compañía del verso»; la declaración es fiel y ofrece una doble corroboración: que va a la poesía como a un complemento —no sustitutivo— de vida, y que el poeta —la poetisa— es consciente del acto creador. Esto último, contra lo que pudiera arrastrar en algún momento a suponer contagio surrealista. No hay tal cosa. La autora es siempre lúcida; sin sombras oníricas. Son algunos de los rasgos que diferenciaron el creacionismo del posterior surrealismo. Voluntad de poema y elaboración de lenguaje. No es necesario aislar versos como «entonces al dolor le crece el pico» o «Porque a la madurez le va saliendo un diente» para colocar a Pureza Canelo en una línea heredada de poetas a quienes directamente nombra: Gerardo Diego y César Vallejo.

Pese a esta elaboración del poema como pieza exenta a que vengo refiriéndome, la poesía de Pureza Canelo siente atracción por las raíces. «Poema a quien he dado sangre de raíz natural», escribe. Y se ve a sí misma como «animal de Extremadura» que «chupé de la encina y el chamusco». En este sentido, resulta concordante el relativamente frecuente uso que en el libro se hace de la palabra oriundo.

Pocas veces comprobaremos como en este libro que la poesía es una experiencia verbal. Podemos repasar algún fragmento, como éste: «Ser humano, vente a llorar conmigo/y entrometamos a las tórtolas del encinar./Vámonos a llorar jun-

tos, a reventarnos/o a vencer a solas la abolladura/que nos tiene el mundo». En último término, estos versos nacen de una actitud desilusionada y entrañan una expresión de queja. Hasta aquí, no hay nada nuevo. Las palabras no son tampoco producto de un escogimiento especial, y resultan inteligibles. Pero, de pronto, encontramos la palabra entrometamos, y percibimos que los dos primeros versos se han transformado; ninguna otra palabra nos los hubiera convertido en versos tan nuevos.

En los tres versos siguientes acontece algo semejante con la frase «la abolladura que nos tiene el mundo». Nuestro afán interpretativo puede, quizá, detenerse a traducir en expresión de sintaxis lógica. Quizá «la abolladura (el daño) que nos tiene (hecho) el mundo». O el dolor que el mundo nos infiere. Pero el efecto de los versos, con su carga poética, nos había llegado ya, antes de ponernos a reflexionar. La expresión poética original y nueva nos ganó por la mano.

Semejante detenimiento podríamos tener ante otros muchos fragmentos. Me pararé un punto más en estos versos: «Sé que sigo viviendo en pasado/y que no será obstáculo para la existencia. (...) Pero qué distintas se sitúan hoy las sillas/de mi corazón entonces valiente y colorado». Percibimos todo lo que inevitablemente nos lastra, pero cambiamos con el tiempo. Y, de súbito, esas inesperadas sillas nos acumulan ideas de visitantes (afectos) que hacen tertulia con nosotros. Nuestro corazón es un cuarto de estar, donde nos reunimos con aquellos que amamos —que odiamos—. Pero las sillas se trastruecan. La lectura de los versos nos hace comprender por vía de emoción estética las mudanzas del tiempo y del amor, sin mayores explicaciones.

Estos breves ejemplos comentados son un intento de subrayar la riqueza expresiva y la originalidad creadora de la poesía que habita en este habitable y excelente libro de Pureza Canelo.